

► NUESTRAS MEMORIAS Y OTRAS HISTORIAS ◀

HUELGA DE PAN. Quizá sea éste el relato de la primera huelga vivida en tierras valencianas. Se produjo en la primavera de 1502 y tuvo como protagonistas a

los panaderos que, hartos de especulaciones y trampas en la venta de trigo, comenzaron a vender el pan con un peso menor del estipulado. Cuando se

les llamó la atención optaron por suspender su actividad. Los disturbios más violentos fueron provocados por mujeres jóvenes cargadas de razón y de odio.

JOSE LUIS TORMO

La industria panadera valenciana estaba dominada por dos grandes colectivos: *els formers*, cuya única misión consistía en cocer la masa de pan en sus hornos y, sobre todo, *els flaquers*, gremio que se ocupaba prácticamente de todas las operaciones previas y de la venta de la pieza acabada. Compraban el grano o la harina, la amasaban, la mezclaban y le daban la forma que luego se horneaba. Toda la responsabilidad de que el pan estuviera en perfectas condiciones para el consumo era suya. Y más les valía hacerlo bien. Si el *Mustassaf*, responsable en el Reino de los pesos y las medidas en los productos a la venta, encontraba alguna anomalía podían ser castigados, y de hecho lo eran, a vergonzosas penas que, aparte las económicas, solían incluir ser expuestos en camisa —y nada más— a la vergüenza pública.

Lo de aquella primavera de 1502 alcanzaba cotas inauditas. Lisa y llanamente, no había trigo en ninguna parte.

El *cahiz* (cahiz), medida tradicional de los cereales y que venía a suponer unos 200 litros de grano, se estaba vendiendo a la estremecedora cantidad de 80 sueldos, cuando lo habitual era que no subiera de los 40. Comenzaron a extenderse las sospechas y los rumores sobre la connivencia de algunos funcionarios públicos con los especuladores que debían tener almacenado trigo, sobre todo el castellano, en alguna parte. A finales de marzo y con la intención de que el trigo oculto apareciera, las autoridades de Valencia decidieron primar con diez sueldos —a añadir al precio de mercado— cada cahiz de cualquier cargamento de trigo que apareciera. Lejos de estabilizarse, el precio del cahiz se disparó a 100 sueldos y a primeros de abril llegó a los 120, el triple de su precio normal.

La pieza de pan más común, la *cuaderna* que solía pesar unos 750 gramos, seguía vendiéndose al mismo precio pero su tamaño y su peso se habían reducido hasta casi la mitad. Los panaderos estaban perdiendo dinero por todas partes y las denuncias contra ellos comenzaron a ser cada vez más frecuentes a pesar de la situación de desabastecimiento que todo el mundo conocía. Afortunadamente, el trigo no tardó demasiado en aparecer. Llegó a Valencia por mar en gran-

des cantidades y, según se aseguraba, procedía de Sicilia. En realidad estaba siendo cargado en diferentes puertos costeros y procedía de la especulación que quería aprovechar el altísimo precio que había generado la escasez que ella misma había provocado. En pocas semanas, el precio del cahiz de trigo volvió a sus parámetros de siempre. Sin embargo, la pieza de pan a la venta seguía pesando poco y mantenía el mismo precio.

A principios del mes de mayo de aquel 1502, los irreductibles panaderos no sólo desoyeron las órdenes de los Jurados de la ciudad para que las piezas volvieran al peso estipulado de siempre. Hartos de multas, denuncias y castigos, se reunieron en secreto y decidieron, sin más, dejar de amasar pan. Las primeras en apercibirse de que algo raro pasaba fueron las encargadas de realizar las compras, las amas de casa y sus hijas jóvenes que, totalmente indignadas comenzaron a propagar la noticia por todas partes proponiendo, además, castigos ejemplares e inmediatos hostigando a sus maridos y novios para que se tomaran la justicia por su mano. El sábado 6 de mayo saltó la chispa que desbordó toda previsión.

A lo largo del día grupos de

mujeres —acompañadas de gentes de toda ralea— habían estado buscando a los panaderos, incendiando o apedreando las puertas de sus casas y puestos de venta en el mercado sin que la fuerza pública considerara prudente actuar. A última hora de la tarde, culminadas sus fechorías, varios de esos grupos se reunieron en la plaza del Mercado. De pronto, y haciendo gala de una inconsciencia notable, un mozo de panadero pedía paso entre la gente llevando sobre su cabeza una enorme bandeja con una considerable carga de pan recién hecho con destino, probablemente, a la residencia de algu-

nas, cerca del convento de San Vicent de la Roqueta. Ya era noche cerrada cuando una masa cada vez más numerosa salió por la puerta de San Vicente hacia la casa de Albert a quien se acusaba de no cumplir sus obligaciones e incluso de cierta complicidad con los odiados mercaderes genoveses que solían manipular los precios del trigo comprando cosechas completas en los campos castellanos.

Los destrozos en el domicilio del Jurado —árboles talados, puertas y ventanas incendiadas, tiros desde dentro y desde fuera— cesaron de pronto. La presencia del joven y prestigioso Justicia Criminal, don Miquel Joan de Soler, que irrumpió en el lugar al frente de un reducido grupo de hombres armados, fue suficiente para contener algo los alterados ánimos. A la vista de los hechos, el Justicia supuso —con razón—, que aquello podía irse de las manos si solicitaba refuerzos y daba a sus hombres la orden de bregar en serio contra los amotinados y no dudó en acudir a informar al gobernador. Conocido el relato, ambos acudieron al Palacio Real para, a su vez, solicitar instrucciones de la virreina. Era medianoche cuando doña Juana de Nápoles, hermana de don Fernando el Católico y lugarteniente general del Reino de Valencia desde junio del año anterior, les recibía.

Con toda urgencia fue convocado un consejo extraordinario de notables de la ciudad una de cuyas medidas inmediatas fue la imposible de instar a los panaderos a que en la propia mañana del domingo —pocas horas después—, sus puestos estuvieran perfectamente abastecidos. De no ser así, la virreina doña Juana —saltándose las antiguas normas gremiales— autorizaría poder dedicarse al oficio a cualquiera, aunque no fuera panadero. La amenaza suponía en la práctica el fin del gremio de los panaderos y la situación, lentamente, se normalizó. Se cerró una puerta, pero se abrió otra. Tras aquella medida, que salvó momentáneamente la situación, los gremios no olvidaron la actitud mantenida por los nobles, terratenientes y autoridades durante el conflicto y pensaron seriamente en comenzar a defenderse de los abusos. Y aún faltaban diecisiete años para las Germanías.

Viva el Rey y mueran los panaderos!



Los disturbios se iniciaron en la Plaza del Mercado.

Si el «Mustassaf» encontraba alguna anomalía en el pan, los responsables eran castigados a vergonzosas penas

Los irreductibles panaderos, hartos de multas, se reunieron en secreto y decidieron dejar de amasar pan

PERSONAJES CON NOMBRE DE CALLE

J. J. Dómine

J.L.T.

Convendrá, en primer lugar, ir aclarando el significado de ese «J.J.» tan familiar y dicharachero que tantos errores ha venido provocando. El «J.J.» equivale a un curioso José Juan en el cual José es el nombre y Juan es el primer apellido de nuestro personaje lo que supone, inevitablemente, que Dómine sea el segundo. El señor Juan, pues, nació en el año 1869 en un pueblecito de Albacete llamado Alcaraz aunque muy pronto se trasladó a Valencia, donde estudió Medicina con tanto aprovechamiento que incluso concluyó la carrera, inauguró el siglo XX ejerciendo como médico. Sin embargo (todos sus amigos ya lo sabían) lo de J.J. no era el arte de curar sino el arte de ganar dinero que, entonces como ahora, eran dos artes opuestos, enfrentados y contradictorios. Bien pronto se introdujo en el mundo de los negocios, más concretamente de las navieras. *Apenas tras pasados los cuarenta, su primera compañía, la «Valenciana de Vapores Correos de África» ya era la quinta de España y seguía creciendo mientras J.J. alternaba sus dos grandes pasiones: Los negocios y la política, que no en balde fue senador cuatro veces.*

Unión Naval de Levante

El primero de enero de 1917 nació su gran obra: J.J. Dómine unió su enorme flota y su fortuna a las de otros tres socios y así surgió la «Compañía Transmediterránea», que al principio contaba con un capital social de 100 millones de pesetas (de la época), un total de 45 barcos y todo el futuro por delante porque, pocos meses después, en noviembre de ese mismo año, se quedaba don José Juan con una enorme extensión de casi 60.000 metros cuadrados en el puerto de Valencia con la finalidad de levantar unos astilleros para la construcción de más y más barcos para la compañía. Así pasaron casi siete años hasta que, finalmente, en abril de 1924 la Transmediterránea daba carta de naturaleza propia a aquellos astilleros dotándolos de nombre y entidad jurídica propia. Acababa de nacer la «Unión Naval de Levante» cuyo primer presidente fue, como no, don J.J. Dómine que permaneció en el cargo hasta su muerte, que se produjo al cabo de otros siete años.